

Extracto de la introducción a la sexta edición del “Organón de la Medicina”

HAHNEMANN, 1810

EL ORGANÓN DE LA MEDICINA

Samuel Hahnemann

(1755-1843)



Samuel Hahnemann

Algunas veces una pura casualidad les conducía al tratamiento homeopático (31), pero sin conocer la ley [en virtud de la cual se verifican y deben verificarse estas curaciones!

(31) Así, por ejemplo, creen expeler de la piel la materia de la transpiración, según ellos detenida en este tegumento por los enfriamientos, cuando en medio del frío de la fiebre dan a beber una infusión de flores de saúco, planta que tiene la facultad de hacer cesar una fiebre semejante (homeopáticamente) y de restablecer al enfermo, cuya curación es tanto más pronta y más segura, sin sudor, cuanto menor cantidad se le hace tomar de esta infusión ni de otra cosa alguna. Cubren muchas veces de cataplasmas calientes y renovadas a menudo, los tumores agudos y duros, cuya inflamación excesiva, acompañada de insoportables dolores, impide la supuración; bajo la influencia de este tópico, la inflamación no tarda en ceder, los dolores disminuyen, y el absceso se manifiesta por su aspecto reluciente, por su tinte amarillo y por su blandura. Creen entonces haber ablandado el tumor con la humedad, mientras que no han hecho más que destruir homeopáticamente el exceso de inflamación por el calor más fuerte de la cataplasma, facilitando de este modo la pronta manifestación de la supuración. ¿Por qué emplean con ventaja, en algunas oftalmías, el óxido rojo del mercurio, que constituye la base de la pomada de Saint-Yves, si no fuese porque si hay algún objeto capaz de inflamar el ojo es éste precisamente? ¿Es difícil conocer aquí que obran homeopáticamente? ¿Cómo sería posible que un poco de jugo de perejil produjese un alivio instantáneo en la disuria tan frecuente en los niños y en la gonorrea ordinaria, tan notable por los vanos y dolorosos esfuerzos para orinar que la acompañan, si este jugo no poseyese por sí mismo la facultad de excitar, en las personas sanas, conatos dolorosos para orinar y casi imposibles de satisfacer, y si por consiguiente no curara homeopáticamente? La raíz de la *Saxifraga mayor* (pimpinela),

que promueve una abundante secreción de mucosidades en los bronquios y en la laringe, sirve para combatir con éxito la angina llamada mucosa, y se detienen algunas metrorragias con una corta dosis de las hojas de sabina, que poseen por sí solas la propiedad de producir hemorragias uterinas: en una y otra circunstancia se obra sin conocer la ley homeopática de curación. El opio, que a corta dosis estrñe el vientre, se ha encontrado ser uno de los principales y más seguros medios contra la constipación que acompaña a las hernias estranguladas y al *íleus*, sin que este descubrimiento haya conducido al de la ley homeopática, cuya influencia era sin embargo tan sensible en semejante caso. Se han curado úlceras no venéreas de la garganta con pequeñas dosis de mercurio, que entonces obraba homeopáticamente. Muchas veces se ha detenido la diarrea por medio del ruibarbo, que produce evacuaciones albinas; se ha curado la rabia con la belladona, que ocasiona una especie de hidrofobia,⁹¹ se ha hecho cesar como por encanto el coma tan peligroso en las fiebres agudas, por medio de una corta dosis de opio, sustancia dotada de virtudes calefacientes [que producen sensación de calor] y estupefacientes. ¡Y después de tantos ejemplos que tan alto hablan, se ven todavía médicos que persiguen a la homeopatía con un encarnizamiento que sólo demuestra una conciencia atormentada de remordimientos y un corazón incapaz de enmendarse!⁹²

Es pues, de la mayor importancia para el bien del género humano indagar cómo han obrado, propiamente hablando, estas curaciones tan notables por su rareza, como por sus efectos tan sorprendentes.

El problema es de gran interés: efectivamente, encontramos, y los ejemplos que acaban de citarse lo demuestran suficientemente, que estas curaciones sólo se han hecho por medio de medicamentos homeopáticos, esto es, medicamentos que poseen la facultad de producir un estado morbozo análogo a la enfermedad que se trata de curar.

Estas curaciones se han hecho de una manera pronta y duradera por medio de medicamentos que por casualidad elegían, en contradicción con todos los sistemas y todas las terapéuticas de su tiempo, muchas veces sin saber lo que hacían ni por qué obraban de este modo, confirmando por los hechos y contra su voluntad la necesidad de la sola ley natural en terapéutica, la de la homeopatía; ley a cuya investigación no han permitido entregarse hasta ahora las preocupaciones médicas, a pesar del número infinito de hechos y de indicios que deberían haber inducido a su descubrimiento.⁹³

La misma medicina doméstica, ejercida por personas extrañas a nuestra profesión, aunque dotadas de un juicio sano y un espíritu observador, había encontrado que el método homeopático era el más seguro, el más racional y el menos expuesto a fallar.⁹⁴

Aplicase coles ácidas heladas en los miembros que acaban de congelarse o bien se les frota con nieve (32).

(32) M. Lux ha establecido sobre estos ejemplos sacados de la práctica doméstica, su método curativo *per idem* [por los igua-

les], (*aqualia jaqualibus*) [por los idénticos], que designa con el nombre de *isopatía*, y que algunas cabezas excéntricas miran como el *non plus ultra* [lo máximo] del arte de curar sin saber cómo podrán realizarlo.

Pero la cosa tomaría otro aspecto, si se juzgan sanamente estos ejemplos. Las fuerzas puramente físicas son de una naturaleza diferente de las fuerzas dinámicas de los medicamentos en su acción en el organismo viviente.

El calor y el frío del aire ambiente, del agua o de los alimentos y bebidas, no ejercen por sí mismos una influencia absolutamente perjudicial en un cuerpo sano. Una de las condiciones necesarias para la conservación de la salud, es que el frío y el calor alternen, pero por sí solos no obran como medicamentos. Cuando en las enfermedades obran como medios curativos, no es en virtud de su esencia, o porque sean sustancias por sí mismas perjudiciales, como lo son los medicamentos, aun en las dosis más diluidas, sino únicamente por razón de su cantidad más o menos considerable, es decir, del grado de temperatura. Del mismo modo que, valiéndome de un ejemplo de fuerzas puramente físicas, una masa de plomo aplasta dolorosamente mi mano, no porque sea plomo, puesto que una lámina delgada de plomo no produciría este efecto, sino porque encierra mucho metal y es muy pesada.

Si pues el frío y el calor son útiles en ciertas afecciones del cuerpo, tales como las congelaciones y las quemaduras, solamente por razón de su grado, así como cuando llegan a un grado extremo que es cuando atacan la salud del cuerpo.

Ahora bien, sentado esto, encontramos que en los ejemplos sacados de la práctica doméstica exitosa, no es la aplicación prolongada del mismo grado del frío que ha congelado el miembro y que le restablece *isopáticamente* (si así fuera extinguiría la vida irremisiblemente). Sino la de un frío aproximado tan sólo (*homeopáticamente*), disminuido poco a poco hasta llegar a una temperatura soportable. Así la col ácida congelada, que

dentro de una habitación se aplica sobre un miembro congelado, no tarda en deshelerse, en tomar la temperatura de la habitación, y en curar también el miembro de una manera físicamente homeopática. Del mismo modo, una quemadura de la mano hecha con agua hirviendo, se mejora por medio de un calor un poco menos vivo, sumergiendo el miembro en un líquido calentado a sesenta grados cuya temperatura disminuye a cada instante hasta nivelarse con la del aposento. Asimismo, para presentar otro ejemplo de acción física, el dolor y la tumefacción causados por un golpe recibido en la frente disminuye homeopáticamente cuando se apoya el pulgar sobre la parte, al principio con vigor, y sucesivamente con menos fuerza, mientras que un golpe igual al que los ha ocasionado, lejos de calmarlos aumentaría isopáticamente el mal.

Por lo que toca a los hechos que M. Lux refiere como curaciones isopáticas, tales como ciertas contracturas en las personas y una parálisis de los riñones en un perro, ocasionadas una y otra por un enfriamiento, y que cedieron en poco tiempo al baño frío, no puede explicarse por la isopatía. Los accidentes que se designan bajo el nombre de enfriamientos, se atribuyen impropriamente al frío, puesto que muy comúnmente se ven sobrevenir en las personas predispuestas después de la acción de una corriente de aire que no llegaba a ser fresco. Los diversos efectos del baño frío en el organismo vivo en estado de salud y de enfermedad, no pueden tampoco mirarse bajo un solo punto de vista para que sobre él pueda fundarse un sistema arriesgado. Que el medio más seguro para curar la mordedura de las serpientes venenosas sea el aplicar sobre la úlcera porciones de estos animales, es una aserción que merece colocarse entre las fábulas que nos han transmitido nuestros padres, hasta que se haya confirmado con experimentos que no admitan duda.⁹⁵

En fin, que un hombre hidrófobo haya sido curado en Rusia, según se dice, administrándole la saliva de un perro rabioso, no es suficiente para inducir a un médico concienzudo a repetir semejante prueba, ni para justificar la adopción de un sistema tan poco verosímil como el de la isopatía, como han hecho (no el modesto autor del folleto titulado *La isopatía de los contagios* (*Contagions*, Leipzig, Kollmann), sino sus excéntricos sostenes, especialmente el Dr. Gross (véase *Alg. Hom. Ztg.* II, pág. 72), que alaban esta isopatía (*equalia equalibus*) [igual con los iguales], como la única regla terapéutica apropiada y que no ven en el *similia similibus* [semejante con lo semejante] sino un sustituto diferente, lo que es una ingratitud muy grande, pues al *similia similibus* debe toda su fama y su fortuna.⁹⁶

El cocinero que acaba de escaldarse la mano, la presenta al fuego, a cierta distancia, sin atender el aumento de dolor que resulta al principio, porque la experiencia le ha enseñado que obrando así puede en muy poco tiempo, y a veces en pocos minutos, curar la quemadura y hacer desaparecer el menor dolor (33).⁹⁷

(33) Fernelius (*Therap*, hb., VI, cap. 20) consideraba la exposición de la quemadura al fuego, como el medio más propósito para hacer cesar el dolor. Hunter (“On the blood inflammation”, pág. 218) cita los graves inconvenientes que

⁹⁶ Todavía hay muchos que usufructúan la hacienda pero que olvidan al que se la heredó o, peor aún, homeópatas vergonzantes que a toda costa desean mimetizarse con los alópatas, sobre todo cuando, o únicamente, para ser más exactos, proceden de facultades de homeopatía.

⁹⁷ Los medios son físicos y pueden coadyuvar a la curación. Los remedios deben ser dinamodiluidos e indicados por la ley de los semejantes y los demás principios de la homeopatía.

resultan del tratamiento de las quemaduras con agua fría, y prefiere el método de aproximar las partes al fuego. En esto se separan de las doctrinas médicas tradicionales que prescriben los atemperantes [dícese de lo que mejora una dolencia, *Pequeño Larousse*, 1991], contra la inflamación (*contraria contrariis*), porque la experiencia les había enseñado que un calor homeopático (*similia similibus*) era el medio más saludable.

Otras personas inteligentes, igualmente extrañas a la medicina, por ejemplo, los barnizadores aplican sobre las quemaduras una sustancia que por sí misma excita un sentimiento de ardor semejante, como el *espíritu de vino* (34) caliente o la *esencia de trementina* (35), y se curan también en pocas horas; sabiendo muy bien que los ungüentos llamados refrescantes no producirían el mismo resultado en igual número de veces, y que el agua fría no habrá más que empeorar el mal (36).

(34) Sydenham (*Opera*, pág. 271; Edit. Syd. Soc., pág. 601) dice que las reiteradas aplicaciones de alcohol son preferibles a todo otro remedio en las quemaduras. B. Bell (*System of Surgery*, 3a. ed., 1789) reconoce igualmente la experiencia que indica los remedios homeopáticos como los únicos eficaces. He aquí el modo como se expresa:

El alcohol es uno de los mejores medios contra toda clase de quemaduras. Cuando se aplica, parece al principio acrecentar el dolor, pero éste no tarda en apaciguarse y ser remplazado por un sentimiento agradable de calma. Nunca es tan poderoso este método como cuando se sumerge la parte en el alcohol; pero si no puede practicarse la inmersión, es menester tener la quemadura continuamente cubierta con una compresa empapada en dicho líquido.

Yo añado que el alcohol caliente, y aun muy caliente, alivia de una manera más pronta y más segura porque es más homeopático que el alcohol frío. Esto nos lo acredita a cada paso la experiencia.

(35) Kentish, que debía curar obreros quemados muchas veces de un modo horrible en las minas de hulla, por la explosión de gases inflamables, les hacía aplicar esencia de trementina caliente o alcohol, como el mejor medio que se podía emplear en las quemaduras graves (*Second Essay on Burns*, Londres, 1798). Ningún tratamiento puede ser más homeopático que éste, ni hay tampoco otro más eficaz.

(36) John Hunter no es el único que señala los graves inconvenientes del tratamiento de las quemaduras por medio del agua fría. Fabricius de Hilden (*De combustionibus libellus* [Tratamiento de las quemaduras]. Basilea, 1607, cap. V, pág. II) asegura igualmente que los fomentos fríos son muy perjudiciales en estos casos, puesto que producen efectos muy desagradables, como inflamación, supuración y a veces gangrena.

Heister, cirujano hábil y hombre de buena fe, recomienda también esta práctica acreditada por su propia experiencia (*Instit. Chirurg*, I, pág. 33); ensalza la aplicación de la esencia de trementina, de alcohol y de cataplasmas tan calientes como el enfermo pueda soportarlas.

Pero nada demuestra mejor la admirable preeminencia del método homeopático, es decir de la aplicación en las partes quemadas de sustancias que exciten por sí mismas una sensación de calor y de ardor, sobre el método paliativo, que consiste en hacer uso de medios refrigerantes y frigoríficos, como los experimentos puros en que, para comparar los resultados de estos dos procedimientos contrarios, se han aplicado simultáneamente en un mismo sujeto y en quemaduras de igual grado.

Benjamín Bell (en *Kühn's Phys. Med. Journ.*, Leipzig, junio de 1801, pág. 428), teniendo que curar a una señora que se había quemado ambos brazos con caldo, cubrió el uno con *esencia de trementina*, y el otro lo hizo sumergir en *agua fría*. El primero no causaba ya ningún dolor a la media hora, mientras que el segundo continuó todavía doloroso por espacio de seis horas; desde luego que cuando lo separaba del agua, experimentaba en él dolores más agudos, y la curación de este brazo *exigió mucho más tiempo* que la del otro.

John Anderson (en Kentish, *op. cit.*, pág. 43) curó también a una mujer que se había quemado la cara y los brazos con manteca hirviendo.

Algunos minutos después del accidente, dice, se cubrió la cara que estaba muy roja y dolorosa con *aceite de trementina*; en cuanto al brazo, la enferma lo había sumergido ya en el agua fría, y manifestó deseos de esperar el resultado de este tratamiento. Al cabo de siete horas el rostro estaba mejor, y la enferma muy aliviada. Por lo que respecta al brazo, alrededor del cual se había renovado continuamente el líquido, tenía en él dolores vivos desde que lo sacó del agua, y la inflamación había *aumentado* manifiestamente. Al día siguiente supe que la enferma tenía grandes dolores; la inflamación se había extendido por encima del codo, se habían reventado muchas y grandes ampollas, y se habían formado gruesas escaras en el brazo y mano que cubrieron entonces con una cataplasma caliente. La cara no causaba la menor sensación dolorosa; mas fue necesario emplear los emolientes [que relajan y ablandan las partes inflamadas] por espacio de 15 días para conseguir la curación del brazo.

*¿Quién no ve aquí la inmensa ventaja del tratamiento homeopático, es decir, de un agente productor de efectos semejantes a los del mismo mal, sobre el método antipático que prescribe la antigua escuela?*⁹⁸

Por poco habituado que el viejo segador esté a los licores fuertes, jamás bebe agua fría (*contraria contrariis*) [lo contrario con lo contrario] cuando el ardor del sol y la fatiga del trabajo le han ocasionado una fiebre ardiente: el peligro de obrar así le es bien conocido, y bebe un poco de licor *excitante*, un trago de aguardiente.⁹⁹

La experiencia, manantial de toda verdad, le ha convencido de las ventajas y de la eficacia de este procedimiento homeopático; y el calor y el cansancio que experimenta no tarda en disminuir (37).

(37) Zimermann (*De lo. Experience*, II, pág. 318) nos informa que los habitantes de países cálidos lo usan con el más feliz éxito, y que acostumbran beber una corta cantidad de licor espirituoso cuando se sienten muy fatigados.

Ha habido también médicos que *han sospechado* que los medicamentos curaban las enfermedades, por la virtud de que gozan de producir síntomas morbosos análogos (38).

⁹⁸ El doctor Benjamín López Martínez (†), mexicano, me auxilió en la atención de un piloto que había perdido el miembro inferior derecho por desarticulación de la cadera causada por quemaduras de tercer grado, y había la amenaza de amputarle el otro. Se le aplicó parafina (el derivado del petróleo) diariamente a la temperatura de fusión. Con la parafina del día anterior se desprendían los esfacelos. Además, recibió su remedio indicado, que en este caso fue *Calcarea*. Se salvó el miembro, contra todos los pronósticos de la otra escuela. Boericke, en su *Repertorio con materia médica en Parafinum*, recomienda este tratamiento para las quemaduras. (Boericke, 1927. Reimp. 1989).

⁹⁹ La fisiología nos indica que el agua hay que beberla cuando se tenga sed y no se debe sustituir por licor. Vaya en descargo del autor que no tuvo la oportunidad de leer de corrido esta sexta edición

(38) Al citar los pasajes siguientes de escritores que han presentado la homeopatía, no es mi intención probar la excelencia de este método, que por sí sola se acredita, sino evitar que se me acuse de haber pasado esta especie de presentimientos, para apropiarme la prioridad de la idea.¹⁰⁰

Así, el autor del libro titulado *περὶ τῶπων χατ ἄνθρωπον* [Acerca de lo que se enferma en el hombre] (39) que está entre los escritos atribuidos a Hipócrates, dice las siguientes notables palabras: *διὰ τὰ ὁμοῖα νοῖσος γίνεται, χαὶ διὰ τὰ ὁμοῖα προσφερόμενα ἔχ νοσεύντων ὕγαι νονται, διὰ τὸ ἐμέειν ἔμετος παύεται*. [La locura es curada por acción de aquello mismo que la provoca. También el vómito cesa por la acción de aquello que lo provoca.]

(39) *Basil, Froben, 1538, pág. 72.*

Médicos menos antiguos han conocido y proclamado la verdad del método homeopático. Así, Bouldouc (40) advirtió que la propiedad purgante del ruibarbo era la causa de la facultad que esta raíz tiene de contener la diarrea.

(40) *Mémoires del l'Académie Royale, 1710.*

Detharding (41) barruntó que la infusión de sen alivia los cólicos en los adultos, en virtud de la propiedad que tiene de producir cólicos en las personas que gozan de buena salud.

(41) *Eph. nat. cur., cont. X, obs. 76.*

Bertholon (42) dice que la electricidad disminuye y acaba por hacer desaparecer un dolor muy análogo al que ella misma produce.

(42) *Medizinische Electricitat, II, págs. 15 y 282.*

Thoury (43) asegura que la electricidad positiva acelera por sí misma el pulso, pero que también lo vuelve lento cuando la aceleración es excesiva a causa de la enfermedad.

(43) Mem. leída en la Acad. de Caen.

Von Stoerck (44) creyó que teniendo el estramonio la propiedad de trastornar el espíritu y de producir la manía en las personas sanas, se podría muy bien administrar a los maniacos, para probar si se podría volverles la razón determinando un cambio en sus ideas.

(44) Libell. de *Stramon*.

Pero entre todos los médicos, el que expresa más formalmente su convicción acerca del particular, es el médico del ejército danés, Stahl (45) que habla en estos términos:

La regla admitida en medicina, de tratar las enfermedades por medios contrarios u opuestos a los efectos que éstas producen (*contraria contrariis*), es completamente falsa y absurda. Estoy persuadido, por el contrario, de que las enfermedades ceden a los agentes que determinan una afección semejante (*similia similibus*); las quemaduras por medio del ardor del fuego a que se aproxima la parte; las congelaciones, por la aplicación de nieve y de agua fría; las inflamaciones y las contusiones, por

medio de los espirituosos. Siguiendo este sistema he conseguido hacer desaparecer la disposición a las acedías con cortas dosis de ácido sulfúrico, en casos en que inútilmente se habían administrado una multitud de polvos absorbentes.

(45) En J. Hamelli, *Comment. de Arthritid tam tartarea, quam scorbutica, seu podagra et acorbuto*, Budingoe, 1738, en 8. págs. 40-42. [Comentarios acerca de la gota artítica, tan atormentadora como es la escorbútica, es decir, podagra y escorbuto.]

Así, más de una vez se ha estado cerca de la gran verdad: pero nunca se ha tenido de ella más que una idea pasajera, de modo que la reforma indispensable que la antigua terapéutica debía experimentar para dar origen al verdadero arte de curar, a una medicina pura y cierta, no ha podido establecerse hasta nuestros días.¹⁰¹